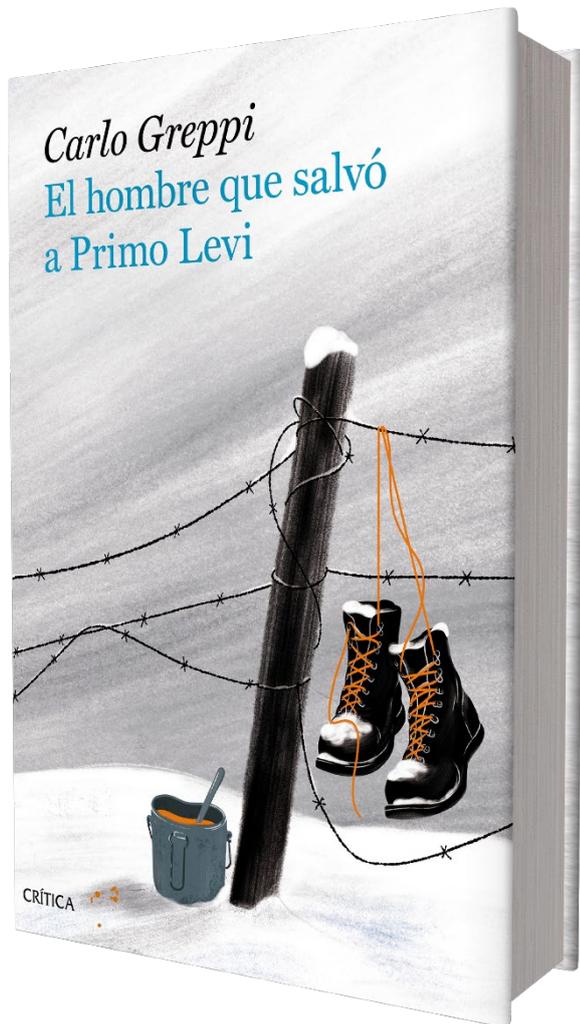


CRÍTICA



Carlo Greppi

EL HOMBRE QUE SALVÓ A PRIMO LEVI

A LA VENTA EL 6 DE SEPTIEMBRE

VISITA DEL AUTOR: 1 DE DICIEMBRE, BARCELONA

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 659 45 41 80 / E: laia.barreda@planeta.es

SINOPSIS

Y yo le dije: «Mira, te estás arriesgando al hablar conmigo».

Y él respondió: «No me importa».

En *Si esto es un hombre*, Primo Levi escribió: «Creo que es a Lorenzo a quien debo estar vivo hoy». Pero, ¿quién era Lorenzo? Lorenzo Perrone, que así se llamaba, es la pieza del puzzle de la biografía de Primo que nos faltaba por conocer: un albañil piemontés que vivía frente a la valla de Auschwitz III-Monowitz. Un hombre pobre, casi analfabeto que durante seis meses llevó a Levi un plato de sopa cada día para ayudarle a compensar su desnutrición en el Lager. Y no se limitó a ayudarle en sus necesidades más concretas: fue mucho más allá, arriesgando incluso su vida para permitirle comunicarse con su familia. Cuidó de su joven amigo como sólo un padre podría haberlo hecho. La suya fue una amistad extraordinaria que, nacida en el infierno, sobrevivió a la guerra y continuó en Italia hasta la agónica muerte de Lorenzo en 1952, doblegado por el alcohol y la tuberculosis. Primo nunca le olvidó: hablaba a menudo de él y puso a sus hijos nombres en recuerdo de su amigo. Este libro es la biografía de una de una de esas personas que viven sin dejar, aparentemente, huella ni recuerdo de sí mismas. Pero que, bien mirado, son la verdadera piedra angular de la humanidad.



EL AUTOR

Carlo Greppi (1982), historiador de la universidad de Turín, es autor de numerosos ensayos sobre la historia del siglo XX, entre los que destacan *25 aprile 1945* (2018) y *Il buon Tedesco* (2021) galardonado con el Premio FiuggiStoria 2021 y el Premio Giacomo Matteotti 2022.

ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

Prólogo

«Un día de diciembre de hace algunos años estaba viendo un documental titulado *Il coraggio e la pietà*, en el que se describe la solidaridad — tanto la pretendida como la auténtica— que mostraron los italianos ante los judíos perseguidos y que a la mayoría de los que se encontraban a nuestro lado de los Alpes les permitió salvarse, a diferencia de lo que les ocurrió a los más de siete mil compatriotas hebreos que perecieron en el Holocausto. El documental se había estrenado en noviembre de 1986, cinco meses antes de la muerte de Primo Levi. **Entre las escenas que más me conmovieron hubo una en la que el propio Levi contaba, con su habitual serenidad, lo mucho que le había ayudado a sobrevivir un hombre silencioso.** Se trataba de un humilde albañil, y no de un prisionero de Auschwitz. Era un trabajador civil del Piamonte, concretamente de Fossano, que vivía fuera de las alambradas de Auschwitz III (Monowitz) y que frecuentó a Levi durante varios meses. En ellos, compensó la desnutrición que sufría el prisionero en aquel campo de concentración con unas sopas aguadas que le llevó periódicamente, todos los días, durante seis meses. [...]»

«No era la primera vez que yo oía hablar de Lorenzo Perrone, **porque Levi, aquel químico de Turín que había sobrevivido a Auschwitz, llevaba desde 1947 escribiendo sobre él:** primero, en *Si esto es un hombre*; después, en un puñado de páginas de *Lilit y otros relatos* y también en dos pasajes de *Los hundidos y los salvados* — aunque sin indicar en ningún momento su apellido—. Además, yo ya sabía que **los dos hijos de Levi (Lisa Lorenza, nacida en 1948, y Renzo, nacido en 1957) debían sus nombres a aquel enigmático hombre,** extremo este que, como descubriría más adelante, Levi llegó incluso a reconocer públicamente. Pero escuchar también que Lorenzo se arriesgó a acabar en Auschwitz por sus gestos — es decir, escucharlo y no leerlo— removi6 algo profundo en mi interior [...]»

«Primo Levi, tal vez el mayor testigo del siglo XX, escribió y declaró en más de una ocasión [...] que **a Lorenzo le debía no solo la vida, sino también algo más, y para esta institución que trabaja por la preservación de la memoria de los gestos que salvaron a los perseguidos, Lorenzo Perrone es, sin lugar a dudas, el más importante de todos ellos.** Se encuentra al mismo nivel que otros mucho más conocidos, como Oskar Schindler o Giorgio Perlasca [...]. Este personaje pobre y turbulento, “casi analfabeto” y taciturno, “era un hombre — escribió también el químico turinés—; su humanidad era pura e incontaminada, se encontraba fuera de este mundo de negación. **Gracias a Lorenzo no me olvidé yo mismo de que era un hombre**”. Sus gestos sencillos y cotidianos se convirtieron, con toda probabilidad, en la raíz del testimonio de Levi, y su indeleble solidaridad aparece impresa en los libros que han dado forma a la parte sana de la cultura del mundo occidental de los últimos decenios [...]»

Los Tacca del Burgué

«Estaba colocando ladrillos, subido en un andamio, en silencio, y **aquel prisionero 174.517, que, como descubriría más tarde, se llamaba Primo y tenía su número tatuado en el brazo izquierdo** — un *Häftling* (un prisionero) del montón, un preso casi invisible, respirando a duras penas entre las dentelladas del hambre—, se encontraba debajo. En un momento dado, Lorenzo le habló en alemán para advertirle de que “quedaba poca argamasa” y ordenarle que les subiera la herrada. **Aquel tipo enclenque de veinticuatro años que hasta ese momento aún era simplemente un número** trató de abrir las piernas, agarrar el asa del cubo con las dos manos, levantarlo, imprimirle una oscilación hacia atrás, aprovechar el impulso pendular para impulsar la carga hacia delante y, a continuación, ponérsela sobre el hombro. Pero el resultado fue, como poco, patético: el cubo volvió a caer al suelo y la mitad de la argamasa se derramó. En lugar de soltar una carcajada, **Lorenzo pronunció cinco palabras**, las primeras del capítulo más importante de esta historia, que — no es difícil imaginarlo— se quedaron resonando en la cabeza de Primo durante las interminables horas de aquel día de principios del verano de 1944 [...].»

«**“Claro, con gente como esta...”**, comentó Lorenzo mientras se disponía a descender desde el punto en el que se encontraba para colocarse al mismo nivel que la argamasa derramada, que ya se estaba solidificando entre los escombros del taller desmoronado bajo las bombas de los Aliados, esos Aliados que atacaban las instalaciones industriales — y después fotografiaban desde el cielo el “planeta Auschwitz”—, pero no se preocupaban por liberar a los prisioneros de la condena del gas. **¿A qué se refería con aquello de “gente como esta”? ¿Estaba aludiendo a los “esclavos de los esclavos”, al “escalafón más bajo” de la jerarquía de Monowitz, o hablaba más bien de esos burgueses que eran incapaces de sujetar un cubo de argamasa, privilegiados hasta el momento en que entraban en aquel mundo al revés, convertidos desde ese instante en los últimos de los últimos?** La leamos como la leamos, esta frase rezuma desprecio o conmiseración [...].»

«¿Despreciaba a aquel hombre casi desmayado, moribundo? ¿Sentía conmiseración hacia él? ¿Lo temía? Da la impresión de que casi experimentaba la inquietud que había surgido ya en 1938, tras la aprobación de las leyes raciales, y que Primo Levi describió *Los Tacca del Burgué El hombre que salvó a Primo Levi en El sistema periódico*, en 1975, donde evocó aquel primer “relámpago, minúsculo pero perceptible, de desconfianza y recelo. ¿Qué piensas de mí? ¿Qué soy para ti yo?”. Todavía hoy — y siempre— tienen vigencia estas descripciones de Levi, que supo tejer sabiamente las palabras y los conceptos adecuados para entender la mente humana. Así se refiere precisamente a la mirada que los trabajadores civiles dirigían a los “esclavos de los esclavos”, a los prisioneros judíos que, más adelante, distribuidos en columnas perfectamente ordenadas, vestidos con andrajosos uniformes de rayas y ataviados con gorras, iban a trabajar a la Buna (si es que cabe aquí hablar realmente de un “trabajo”).»

«[...] Mientras que en 1944 el privilegio se encontraba en el suelo que Lorenzo, que hasta entonces tanto polvo había mordido, pisaba ahora, el prisionero 174.517, **Primo Levi**,

que en su vida ya desaparecida había sido un burgués poseedor de una pequeña fortuna, un químico recién salido de la universidad, era, en el fondo de su alma humana, allá arriba, tan esclavo como otros miles de personas más. Y, como otros 11.600 trabajadores de la I. G. Farben en aquel año, realizaba todo tipo de agotadoras tareas para construir la Buna-Werke, la fábrica de productos químicos de aquel campo. Pero a menudo el trabajo de él, de ellos, se trataba de una actividad “sin objetivo”, un esfuerzo destinado a agotar cualquier fibra vital, hasta provocarles la muerte. Daba igual que lloviese a cántaros o que nevase delicadamente, que el viento se llevara con él las cenizas o que el sol casi diese la impresión de ser capaz de reavivarlas: él, como otros miles de personas, paleaba, enterraba, levantaba, tiraba, clasificaba, reunía, hasta que sus venas y sus arterias estaban a punto de explotar, y si no conseguía continuar, recibía un palazo en la cabeza, asestado por un *Kapo* o por cualquier otro superior.»

«Aunque es cierto que Lorenzo dosificaba muy bien las palabras, después de aquel malentendido inicial y torpe, pronunció estas otras:

—Mira que, si hablas conmigo, te vas a poner en peligro — le advirtió Primo.

—Me da igual — le respondió Lorenzo.»

«Era un hombre de pocas palabras Lorenzo. Y siempre tenía que marcharse. En los años treinta, desde 1935 o desde 1936, según sus familiares, atravesaba el puerto de montaña Colle delle Finestre rumbo a Francia para trabajar ilegalmente, cruzando la frontera de forma clandestina junto con otros desgraciados como él — con callos en las palmas de las manos y los pies endurecidos y arrugados de tanto caminar— y como su hermano mayor, Giovanni, que apenas le llevaba dos años: un hombre de mirada suave y cabello abundante, que iba a su lado, caminando a paso ágil, por las rutas del contrabando.»

«[Lorenzo era] un buen mozo de piel coriácea propia del **Burgué, el barrio del casco antiguo de Fossano en el que vivían los albañiles y los pescadores** — los *pescau*—, que se ganaban el pan en el río Stura, acribillados por mosquitos gordos como conejos. El Burgué era justo como podemos figurárnoslo hoy: basta con que nos esforcemos un poco para recuperar un imaginario de una realidad arcaica que, con fatiga, se asoma a la modernidad, y con que nos ayudemos de las fotografías de principios del siglo XX. **Todas las puertas abiertas, sillas carcomidas dispuestas junto a una pared en ruinas, encajando el viento y el hielo y también el buen tiempo del fin de semana**, cuando el cielo lo concedía. Jornadas que empiezan en plena oscuridad y que terminan cuando aún queda algo de claridad, para quienes consiguen volver a casa a dormir.»

«Lorenzo vivía [...] en *via* Michelini, números 4 y 6, que hoy corresponden al número 12: **tres habitaciones para ocho personas, una para trapos viejos y chatarra y otra para el mulo y el carro**, como explicó Carole Angier, biógrafa de Levi, que hace veinticinco años consiguió entrevistar a tres de sus parientes [...]. Por la noche, los hombres criaban anguilas en los diques y pescaban en el río Stura con redes y sedal. Al amanecer, las mujeres cargaban aquel maná en carros y vendían el fruto de su arduo trabajo a gente tan pobre como ellos. “Se hacía lo que se podía, se vendía lo que se hacía” y se intentaba no meterse en líos, exceptuando algún que otro altercado de cuando en cuando para experimentar la propia mortalidad, tal vez, o para olvidar el hambre. En el Burgué —

como aún hoy, noventa años más tarde, lo recuerdan con nostalgia mal disimulada los vecinos del lugar— **todos los hombres eran pescadores, hojalateros o albañiles, como Lorenzo y Giovanni**, y volvían a dormir al Burgué, en aquella Fossano que no vería asfaltadas sus principales calles hasta 1936. **Cuando los dos hermanos pasaban entre las casas**, en las que por aquel entonces jamás se veía la luz del sol [...], alguno que otro se apartaba diciendo “aquí están los gigantes”, [...] **“Aquí están los Tacca”, los camorristas.**»

«Lorenzo era el segundo. **Sus padres — Giuseppe y Giovanna Tallone, que se casaron en 1901— vivían de la chatarra y de los trapos viejos**, aunque sus profesiones oficiales eran “albañil” y “operaria”. **Tenía otros dos hermanos hojalateros: Michele**, padre de Beppe, **y Secondo**, que, pese a su nombre, era, en realidad, el cuarto y último de los hijos varones. **También tenía dos hermanas, Giovanna y Caterina.**»

«Giuseppe era un padre “brutal y tiránico, peleón y violento cuando se emborrachaba”, un “padre patrón”, y **la infancia de Lorenzo, Giovanni y todos los demás de la camada vino acompañada de una avalancha de patadas**. Primero las recibieron en casa y después, como lo más natural del mundo, las propinaron fuera de la “Pigher”, como se conocía a la taberna Pigrizia, frecuentada por pescadores y albañiles.[...]»

«Había nacido como Lorenzo “Perone” (con una sola erre) en el número 28 de *via Ospizio*, el domingo 11 de septiembre de 1904 [...]. Al Registro Civil, el padre, Giuseppe (“de veintisiete años de edad, de profesión albañil”), llevó al día siguiente a varios testigos, entre ellos a su propio hermano, Lorenzo (“de veintitrés años de edad, de profesión operario”). Ambos firmaron como “Perrone”, con dos erres, probablemente por la pronunciación dialectal del apellido “Perùn”, que las personas analfabetas o semianalfabetas decían marcando bien la erre, hasta el punto de que sonaba como una letra doble. Sin embargo, como descubriremos más adelante gracias a las tías de Levi, el “verdadero” apellido era, sin lugar a dudas, “Prùn”.»

«También Lorenzo, que llevaba el mismo nombre que su abuelo materno y que su tío — quien fue su padrino en la ceremonia de bautismo, que se celebró al día siguiente—, 78 cometería el mismo error — pero ¿realmente se trataba de un error?—, ya que firmó como “Perrone”. Y es que, como evidencia su documentación de trabajo, en la que figura como Lorenzo “Perone”, solo estudió hasta tercero de educación primaria. Aunque estaba bautizado, no era religioso ni conocía el Evangelio, según Levi. **Escribía con dificultad, pero podía caminar largas distancias y había empezado a trabajar con diez años** [...], supongo que en los meses de 1914 en los que estalló la Gran Guerra. [...]»

Cuchillos y maldiciones

«**Después de la Gran Guerra y de las 312 víctimas mortales que el conflicto dejó entre los vecinos de Fossano, la economía, hasta entonces en expansión, sufrió una contracción dramática** [...], cuando Lorenzo tenía catorce años [...].

Fue en este contexto donde **se impuso la marea ascendente del fascismo**, en el “bienio negro” que, a ojos de los italianos de la época, equivalió a un estado de guerra civil. La ofensiva contra las clases trabajadoras — que enseguida recibió el apoyo de la acción reaccionaria del Estado liberal, de los industriales, de los latifundistas, de la

burguesía y, por último, de la monarquía— resultó letal. Entre otras acciones, **en el primer semestre de 1921 los fascistas se lanzaron a destruir sistemáticamente las Cámaras del Trabajo (organizaciones territoriales del sindicato Confederación General Italiana del Trabajo), los círculos de izquierda, las Casas del Pueblo, las sedes de los sindicatos... [...].»**

«Esta violencia política crónica, que, de acuerdo con los cálculos del momento y con los posteriores, dejó tres mil muertos en toda la península Itálica, no pudo pasar desapercibida a los ojos de Lorenzo. Cuando el fascismo se hizo con el poder, se procedió a la “normalización”, especialmente evidente en Fossano una vez que, a finales de 1922, se expulsó de Italia al militante socialista Giovanni Germanetto, al que se detuvo en la primavera de 1923. Como escribe el historiador Livio Berardo, ya en los años anteriores la cárcel de Santa Caterina de Fossano había albergado a más de veinte comunistas, socialistas y anarquistas, y a principios de los años treinta su director, “pese a haber investigado con la ‘máxima diligencia’, no consiguió encontrar en los registros ni un solo detenido que hubiese estado relacionado con los grupos fascistas armados”. No es difícil imaginar lo que Lorenzo pudo pensar en la época en la que se produjo la Marcha sobre Roma de Benito Mussolini — cuando él tenía dieciocho años—, acerca de los vecinos de su ciudad, en la que los opositores y los contestatarios acababan en prisión, los fascistas se movían con total impunidad y el Estado no intervenía para mitigar la violencia sistemática que se estaba ejerciendo contra los obreros y los campesinos. Despejemos ya cualquier duda: no consta que tuviese carné del Partido Nacional Fascista ni que manifestase jamás ningún tipo de simpatía por el régimen. Aun cuando el fascismo no solo atrajo a los poderes locales y a los burgueses, sino también a campesinos y a obreros, lo cierto es que entre las clases trabajadoras y, de manera particular, entre los trabajadores transfronterizos, circulaba una obstinada aversión al régimen — a menudo estos vecinos emigraban en parte porque cada vez era más difícil encontrar trabajo en una ciudad fascista—. En cualquier caso, no se han encontrado documentos que permitan pensar que Lorenzo sufriera problemas por su posible oposición política a los fascistas o a lo más granado de la sociedad local. Tampoco aparece su nombre entre los 670 antifascistas que estuvieron encarcelados en Santa Caterina de Fossano en los años veinte [...]. Pero eso no significa que Lorenzo, que vivía a menos de doscientos metros de aquella prisión, no causase problemas a su comunidad. Todo lo contrario.»

«Lorenzo repartía puñetazos y patadas, con toda probabilidad de manera relativamente frecuente, sobre todo en la taberna Pigher [...] o cuando consideraba que su capacidad de aguante se había visto sobradamente superada.»

«“Estar en conflicto con alguien [...] era una especie de estado de ánimo, un *modus vivendi* que expresaba cierta normalidad en las relaciones, tanto entre los ciudadanos particulares como entre las comunidades”, dice la especialista Alessandra Demichelis en su ensayo *I buon tempo antico. Cronache criminali dalle campagne cuneesi nel Novecento*, que nos ayuda a llenar parte de este vacío documental. En aquella provincia y en aquella época era usual “el consumo excesivo de vino”, bebida considerada un “néctar reparador”, que favorecía el estallido de enfrentamientos furibundos en los

que no faltaban los palos, los cuchillos, los puñales y los alfanjes [...]. En aquel mundo rural, estar “preparado” significaba estar “listo para reaccionar a las peleas”, y las redadas en las tabernas eran un espectáculo frecuente. **Lesiones, difamaciones, injurias y la propia embriaguez eran algunos de los delitos más recurrentes a principios del siglo XX.»**

«Son evocaciones que recorren los campos mediterráneos y europeos en los que **el vino, las imprecaciones, los cuchillos y los palos eran la tónica habitual**; jirones de existencias arrancados al contexto en el **que Lorenzo nació, creció y aprendió a pelearse con la vida**, y al lugar del que, en cierto modo, logró salir, y no solo.»

Y llegó la noche

«Las palabras de Levi dejan abierta una pista: parecen sugerir que Lorenzo tomó el camino más rápido y así se ahorró como mínimo unas decenas de kilómetros a pie. Él, que tanto caminaba: aparte de sus continuas idas y venidas como trabajador transfronterizo, sabemos con certeza que en 1945 recorrió, en cuatro — o más probablemente cinco— meses, 1.412 kilómetros siguiendo las vías del tren.²⁸ Pero esta es la última estación de nuestra historia, o casi. Para entenderla bien, tenemos que poner orden, aprender a conocer a Lorenzo y, sobre todo, averiguar cómo le fue dado en suerte a Primo cruzarse con él.»

«Cuando encontró a Primo, más de dos años después de haber llegado a “Suíss”, Lorenzo estaba a punto de cumplir los cuarenta, pero por su espalda y su pelo gris aparentaba más, sin duda: parecía su padre;⁷⁸ un padre anciano, además. Esa es la impresión que tenemos al leer la descripción del primer encuentro en suelo polaco del viejo y humilde Tacca, salido de la necesidad, y del débil y joven químico, un burgués delicado hundido en la necesidad.»

«Cuando llegó allí, mientras esperaba, sin saberlo, el encuentro que desviaría la trayectoria de toda su existencia, lo único que llevaba consigo Lorenzo — todos estos detalles nos los brinda Primo Levi— era la gamella alpina de dos litros de capacidad que lo acompañaba desde la época en la que había estado en el 7.º Regimiento de Brescia, así como un par de cubiertos, una esclavina de color gris verdoso, un jersey lleno de remiendos y otros objetos carentes de valor. Y también sus pocas palabras, que tenía que pronunciar con cuidado allí donde la vida estaba a punto de hundirse, en aquel tiempo y en aquellas condiciones “ya borradas por la realidad presente”.»

Patatas arriba

«Nunca sabremos cuántas veces pasó Lorenzo clandestinamente a Francia antes de que la empresa G. Beotti lo incluyese entre sus empleados de Auschwitz en colaboración con la Interessen-Ge-meinschaft Farbenindustrie AG, conocida como I. G. Farben. Sin embargo, es prácticamente seguro que no tenía ni idea de adónde se dirigía: su destino era Auschwitz III, que en los documentos industriales figura como «Auschwitz», a secas, y que en un principio se concibió como un satélite de Auschwitz I y del inmenso Auschwitz II, también conocido como Birkenau. Convertido oficialmente en Auschwitz

III en diciembre de 1943 por orden de la Inspección de los Campos de Concentración, la imponente presencia de las fábricas Buna-Werke que la I. G. Farben había construido en noviembre de 1944 hacía de este *Konzentrationslager* un campo de concentración autónomo (el “KL Monowitz”) tan grande como una ciudad. De él dependería la mayor parte de los subcampos del complejo,³ que se extendían por una superficie de un centenar de kilómetros cuadrados.⁴ Aproximadamente cuarenta de ellos eran *Interessengebiet*, “áreas de interés del campo”. Dentro del recinto de la Buna “no [crecía] una brizna de hierba y la 64 *El hombre que salvó a Primo Levi* tierra [estaba] impregnada por los jugos venenosos del carbón y del petróleo, y nada más que las máquinas y los esclavos [estaban] vivos, y más aquellas que estos”, escribiría Levi en *Si esto es un hombre*. En la práctica, la Buna era una ciudad donde morían, vivían y trabajaban decenas de miles de personas. Primo Levi — el menudo y, más adelante, inmenso Primo Levi— se encontraba donde dormían y morían los esclavos de los esclavos.»

« [...] Seis de estas empresas italianas se comprometieron el sábado 14 de marzo de 1942 a enviar allá arriba a 1.196 trabajadores, sobre todo albañiles profesionales y peones, aunque la cifra supera los 1.200 si tenemos en cuenta que había también cuatro cocineros (tres pinches y un jefe de cocina) y tres intérpretes. Pero estos solo eran una parte del total de 8.635 empleados (más otros 21, entre intérpretes y cocineros) que se iban a contratar en tres obras. Todos ellos acabaron involucrados en la órbita del planeta Auschwitz. Lorenzo estaba precisamente en los márgenes de aquel planeta de la Europa del Este al que la gente llegaba para morir de privaciones y de gas, de hambre, de frío y de una serie de trabajos sobre los que, desde su posición, él nada podía saber — fuera de las “altas esferas”, en la Europa occidental y del sur las noticias del exterminio aún eran escasas, vagas y confusas en 1942, a diferencia de lo que ocurría en Alemania—. Estaba al otro lado, no en el de los esclavos como Levi. Tanto era así que, según el contrato, se le debía proporcionar, como albañil, “1 espátula grande, 1 espátula pequeña, 1 martillo común, 2 cinceles (1 corto y 1 largo), plomada, cinta métrica, escuadra, regla y nivel topográfico”. Sin embargo, más tarde sus condiciones de trabajo y sueldo fueron mucho peores que las de los demás trabajadores distribuidos por toda Alemania. Mientras tanto, las empresas italianas iban haciendo caja con los “voluntarios”, los esclavos y los esclavos de los esclavos.»

«Entre estos centenares de humanos enviados a los márgenes de “Suíss”, en la primera oleada — la más inconsciente—, había llegado Lorenzo. Y, por lo que sé, a diferencia de otros empleados de su obra, jamás intentó escapar. [...] Sea como fuere, el Tacca, el albañil de Fossano, se quedó. Nunca repitió aquel gesto suyo tan familiar: ponerse el sombrero y largarse.»

«Al final, y desde el principio, esta historia que estamos contando es una historia sobre los seres humanos: sobre su mezquindad, ante todo, pero también sobre su coraje, su imprudencia, su capacidad de ser maravillosos, aunque también terribles. Sobre su concreción, incluso corpórea. Pero, en paralelo, es una historia de vacíos que se estrellan contra su imposibilidad de llenarse, una historia de detalles aparentemente insignificantes que adquieren un significado vital. Es el caso de los zapatos, sobre todo. **El calzado** — empecé a darme cuenta de ello no sé en cuál de las ocasiones en las que releí las obras de Levi— **es quizá el verdadero protagonista de *Si esto es un hombre***: está presente en dieciséis de los diecisiete capítulos de esta reelaboración literaria de la

experiencia que vivió el autor en el campo de concentración.³³ También de *La tregua*, el relato de su picaresco regreso, y toda la obra del químico turinés se encuentra salpicada de referencias a lo fundamental que era, en el contexto en el que Lorenzo conoció a Primo, contar con un par de zapatos decentes. **Pocos días antes de morir, Levi seguía insistiendo en que los zapatos podían ser determinantes para la supervivencia allá arriba: “La muerte empieza por los zapatos”, escribió, lapidariamente, en la edición definitiva de *Si esto es un hombre*.** Los zapatos eran el último confín de la vida tal y como la conocemos: quienes vivían en libertad o daban órdenes en el campo los llevaban de buena calidad; los demás tenían míseros zuecos, a los que, en aras de la simplicidad, se aludía como *Schuhe* (zapatos, en alemán). En el lenguaje de aquella galaxia que era Auschwitz, zapato podía ser cualquier objeto que pudiese albergar un pie.»

«En aquel lugar que era “la consagración del privilegio y de la desigualdad” y que Lorenzo atisbó, ¿llevaba ya escritas Levi en su rostro “la vergüenza del mundo” y “la vergüenza de ser un hombre” porque se había dado cuenta de que estaba hecho de la misma pasta que los demás, de que nuestra naturaleza humana entraña todas las posibilidades, incluso la más terrible, incluso la más mezquina? Todos, cada uno en diferente medida, estaban implicados en la aniquilación. Lo que no sé es si en la época de los hechos, en aquel verano, Lorenzo se había percatado de ello. Lo más probable, desde luego, es que con la mayoría de sus compañeros solo hablase de cuestiones relacionadas con necesidades concretas y urgentes. **La petición de ayuda, aunque no fue pronunciada como tal, acabó llegándole a Lorenzo por diferentes vías.** Una especie de malestar se abrió paso a través de la piel rugosa de aquel hombre envejecido antes de tiempo y acompañado noche y día por el hambre, que, a pesar del salario nada miserable que recibían los trabajadores civiles — eso sí, muy por debajo de un marco por hora: 0,76 en el caso de los albañiles, entre 0,56 y 0,62 en el de los peones—, acababa robando en los campos o sisando de aquí y de allá para aliviar esa punzada en el estómago que no desaparecía ni aunque comiera. **Si bien al principio recibieron un trato correcto, tras la “traición” de Italia de 1943 los empleados de este país sufrieron un empeoramiento de sus condiciones [...].** Así lo demuestra el caso de Busicchia, el peón de Treviso, al que se encontró “debilitado, anémico, con los omóplatos muy marcados, una circunferencia torácica de 72 cm y necesidad de tratamiento para restituir sus energías”, según señala de manera implacable el informe de la visita que le hizo el médico a la cárcel de Treviso el 9 de junio de 1942, que certifica el creciente malestar de todos los trabajadores “voluntarios” de Auschwitz, esos trabajadores que no estaban condenados a morir.

En cualquier caso, no lo dudó. Dos o tres días después de su primer encuentro, en junio de 1944 — el tiempo que necesitó para organizarse—, **Lorenzo del Burgué se presentó en el trabajo con su gamella alpina de aluminio, que lo acompañaba desde hacía ya largo tiempo, y se la tendió a Primo sin decir ni una sola palabra al principio.** La gamella estaba llena de sopa, y en ella había pellejos de salchichón y huesos de ciruela. Finalmente dijo algo, pero solo una cosa.

Que se la devolviera, vacía, “antes del atardecer”.»

El último de los Justos

«Todo aquel que lleve años estudiando estos temas tiene sus Justos “favoritos”. O, al menos, entre las decenas de miles de casos descubiertos que nos cuentan una historia compleja y contradictoria de auxilio y condena, suele volver a algunos o, por decirlo así, tropezarse una y otra vez con ellos, y de ese modo, poco a poco, una búsqueda se va abriendo espacio en sus pensamientos y en su vida cotidiana. Naturalmente, eso mismo me ocurrió también a mí, sobre todo entre 2014 y principios de esta década, cuando, de manera rapsódica, estudié, recopilé y en ocasiones narré varios de estos casos, pero el de Lorenzo, como en corriente alterna, era el que me llamaba una y otra vez.»

«[...] Entre 1963 y 1997, el Yad Vashem reconoció a todos estos hombres — a Wallenberg en 1963, a Grüninger en 1971, a Sugihara en 1984, a Schröder en 1993, a Zwartendijk en 1997—, y también a Perlasca (en 1988) y a Schindler (en 1993) como Justos de las Naciones. Karski obtendría ese nombramiento en 1982. Tal vez no deberíamos subestimar en exceso el hecho de que, en esta rápida sucesión de nombramientos de Justos, todos ellos de indudable estatura moral, Lorenzo fuera el último, aunque por poco: el prestigioso reconocimiento le llegaría el 29 de julio de 1998 y en su honor se celebró una ceremonia en Alba, una localidad situada a 35 kilómetros de Fossano, el miércoles 3 de febrero de 1999. Pero, a pesar del incremento de los reconocimientos a los Justos italianos desde los años noventa, esta tardanza puede considerarse, en líneas generales, de escasa relevancia: no hay que perder de vista que estamos hablando de un procedimiento complejo, que se inició en 1963, que requiere una amplia documentación de apoyo y que, como es natural, refleja las intenciones de la entidad que lo fomenta y lo dirige: según indica el apartado del sitio web que expone los requisitos necesarios, *in primis* hay que demostrar, a través de documentos, que la persona candidata “arriesgó su vida, su libertad y su seguridad sin recibir por ello compensación monetaria ni ninguna otra recompensa” con el fin de salvar a uno o más judíos de la amenaza de muerte o de deportación. “Esto vale también para salvadores ya fallecidos.”»

«[...] sabemos que **en varias ocasiones [Levi] dijo aquello de “creo que si hoy estoy vivo es gracias a Lorenzo”**. Pero más allá de los motivos por los que Levi se salvó — la historia obedece siempre a una pluralidad de causas, como tanto repitió él mismo—, sigue abierta una pregunta: **¿por qué Lorenzo tiene una notoriedad relativamente escasa en una memoria pública, la del Holocausto, que hoy en día es patrimonio global? ¿Por qué en la actualidad se le conoce tan poco?»**

«De un color espantosamente similar al gris parecían también los “veteranos” del campo. Primo Levi se convirtió pronto en uno de ellos: estar vivo cinco meses después de la llegada era una hazaña allá arriba, considerando que un cuerpo humano necesita como mínimo dos mil calorías “para sobrevivir en un estado de absoluto reposo”. Y, sin embargo, la comida — si es que se puede llamar así— de “Suíss” les proporcionaba unas mil seiscientas, siempre y cuando tuvieran suerte y no sufrieran “robos a mitad del camino”. Con eso tal vez sea posible sobrevivir tumbados, pero, desde luego, es insuficiente y “era insuficiente para vivir trabajando”. Añade Levi, que disponía de

muchas palabras, pero también sabía usarlas con moderación: **“El desmantelamiento del ser humano: eso es el fascismo”**. La sociedad nueva de los fascismos se tenía que levantar sobre montones de cuerpos asesinados, y la insuficiencia de calorías formaba parte de este plan, que Lorenzo, con aquel acto inicial, cambió.»

«Primo lo compartía todo con el amigo que siempre estaba a su lado, Alberto Dalla Volta, que no conocía la envidia; con Alberto, que era la alegría misma de vivir, con Alberto, el “inseparable” [...]. A ambos, dos humanos que habían perdido peso debido a que la cantidad de alimentos que ingerían estaba por debajo de sus necesidades, **la sopa de Lorenzo, con esas cuatrocientas o quinientas calorías de más, “aún insuficientes para un hombre de corpulencia normal”, les dio una energía inesperada.** Y los dos jóvenes ancianos del campo, relativamente expertos en el arte de “organizar” (es decir, de incrementar sus posibilidades de sobrevivir, aunque fuese robando) y de nutrirse [...], **habían vislumbrado la posibilidad de no morir**, la más vasta de todas. Aquel gesto de inesperada compasión que apareció allí, en el vado de la humanidad, había sido como una bocanada de oxígeno en un momento en el que se estaba desvaneciendo la esperanza de reflotar. Vital y punzante.»

El mundo al revés

A partir de aquel encuentro entre escombros que tuvo lugar en junio de 1944, como ya hemos visto, todos los días la comida que traía llegó a Primo y a Alberto: desde ese momento «nunca me fal-tó el rancho, acompañado de vez en cuando de una rebanada de pan», como recordaría Levi en «El regreso de Lorenzo»;¹⁹«mien-tras estuve trabajando de ayudante suyo, no hubo dificultad para la entrega». Sin embargo, «unas semanas después, él (o yo, no recuer-do bien) fue trasladado a otra parte del tajo, y el peligro aumentó».

«Lorenzo era quien más riesgo corría, obviamente — “ya sabes lo que nos hacen si nos pillan juntos fuera del trabajo: tú, al gas, y yo, al *Lager*, como vosotros”, según sus palabras en la versión teatral de *Si esto es un hombre*—, pero para garantizar a los dos esclavos de los esclavos aquellas calorías vitales, cada noche recorría las mesas del refectorio y recogía las sobras de sus compañeros, a los que les había explicado que entre los judíos de Auschwitz había dos italianos. Por eso la sopa era especialmente extraña: en una ocasión Primo y Lorenzo encontraron dentro incluso “un ala de ave con todas las plumas”; otra vez, “un fragmento de periódico italiano”, según escribió Levi.»

«Con el tiempo, **Lorenzo, que, por lo que sabemos, hizo caso omiso de los terribles peligros a los que se exponía, perfeccionó el arte de apañárselas para ayudar a los demás** y empezó a llevarse “directamente de la cocina de su campo cuanto sobraba en las grandes marmitas; pero, para conseguirlo, debía ir a la cocina a escondidas, cuando todos dormían, a las tres de la madrugada”. Aquella cooperación para salvar a Primo y a Alberto obligó al burgués de Turín y al albañil de Fossano a idear un plan: “Para evitar que nos vieran juntos acordamos que, cuando él llegara por la mañana a su puesto de

trabajo, dejaría la gamella en un escondite convenido, bajo una pila de mesas. La cosa funcionó durante unas semanas”.»

«[...] Lorenzo el irascible, el albañil dispuesto a entrar en cualquier pelea, el hombre que probablemente blasfemaba sobre el universo entero en cuanto tenía ocasión de hacerlo, el hombre que, en el fondo, habría tenido todos los motivos para, sencillamente, mirar hacia otra parte cuando vio a dos personas que hasta unos meses antes disfrutaban de una fortuna con la que él no habría podido siquiera soñar, no lo hizo.»

Ya he presentado pormenorizadamente las únicas divergencias importantes que existían, en la memoria estratificada de Levi, en lo relativo a la apariencia de Lorenzo y a las palabras que pronunció en una serie de episodios en los que solo podemos contar con su testimonio. Pero tal vez convendría volver a ellas. Por una parte, están los sencillos datos personales: salvando el pseudónimo de la versión teatral de *Si esto es un hombre*, entre 1947 y 1981 Lorenzo figura siempre con su nombre de pila real, y sabemos también que en una conversación que mantuvo en noviembre de 1976 Levi declaró: **“¡Ah, Lorenzo! [...] Yo lo llamaba Antonio”, en alusión a san Antonio, que daba de comer a los hambrientos.**

También hemos visto que quedó constancia de su aspecto físico en la burocracia italiana entre los años veinte y principios de los cuarenta. Pero si nos fijamos en la obra de Levi, comprobaremos que no dio descripción alguna de él en las ediciones de 1947 y de 1958 de su primer testimonio, que se mantuvo intacto en los pasajes referidos a este albañil. En realidad, no trazó un retrato general hasta que superó los sesenta años de edad. En “El regreso de Lorenzo”, publicado en 1981 dentro de la recopilación *Lilit y otros relatos*, el albañil que alimenta al burgués entre las dentelladas del hambre es “alto, un poco encorvado, de pelo gris”. Cinco años más tarde, en *Los hundidos y los salvados*, se convierte en “un albañil anciano, casi analfabeto”, “el albañil de Fossano que me salvó la vida”, en aquel momento ya mencionado en varias ocasiones en la obra de Levi.»

«En cuanto a sus palabras, que constituyen un elemento bastante más importante en nuestra investigación, fueron, como ya hemos visto, objeto de una “corrección” en el último tramo de la vida de este químico de Turín, que les restituyó así su *lectio* piamontesa. Levi concedió una entrevista a *Paris Review* en aquellos mismos meses — en concreto, en julio de 1985, aunque la entrevista se publicó tras su muerte— en la que, tras declarar que Lorenzo era “prácticamente iletrado”, añadió que “casi nunca habló con él”; “era un hombre silencioso. Rechazaba mis agradecimientos. Casi no respondía a mis palabras. Simplemente, se encogía de hombros: coge el pan, coge el azúcar. Quédate callado, no hay necesidad de hablar”.

Por tanto, han llegado hasta nosotros poquísimas palabras pronunciadas y recuperadas que apuntalaran aquella ayuda concreta: “Claro, con gente como esta...” (*Ah's capis, cun gent' parei*) son las únicas que aparecen en los textos que publicó Levi entre 1947 y 1986 (es decir, en las dos ediciones de *Si esto es un hombre*, en el cuento “El regreso de Lorenzo”, dentro de *Lilit y otros relatos*, y en *Los hundidos y los salvados*). Se pueden localizar algunas más, por ejemplo las que aparecen en el diálogo fulminante evocado por Levi en una entrevista en televisión poco antes de morir, que abren este libro y que nos resultan ya familiares: **“Y yo le dije: ‘Mira que, si hablas conmigo, te vas**

a poner en peligro'. Y él respondió: 'Me da igual'." O en esas otras que encontramos en la transcripción de aquella misma entrevista, cuando Levi recordó que le advirtió: "Mira que esto es peligroso, te voy a meter en líos", y él le contestó: "Me importa un pimiento".»

«Ahora bien, quizá el dato que más sorprende es que **Lorenzo [...] no se limitó a sostener a Primo en sus necesidades vitales y primarias, sino que fue más allá.** Ya me he referido al detalle de que el nombre de la empresa de Piacenza G. Beotti, para la que trabajaba el albañil de Fossano, **aparece en las tarjetas postales que envió y que aún se conservan en el Archivo Primo Levi. Muchos otros empleados civiles italianos de los márgenes de Auschwitz enviaban mensajes a casa,** como ha descubierto Fontana gracias a los Archivos Arolsen (la mayor parte de sus treinta millones de documentos se encuentran disponibles en línea: un trabajo demencial) y a varias circunstancias fortuitas que nos permiten rastrear una fracción infinitesimal de ellos: algunos de estos textos se han puesto a la venta en los últimos años a través de eBay, mientras que otros — ¿miles, cientos de miles?— permanecen en los archivos familiares o en los sótanos de media Europa. En cualquier caso, estuvieran más o menos alfabetizados, los "brazos" al servicio del Reich se comunicaban con sus seres queridos.»

«**Lorenzo jamás escribió a casa, ni siquiera por alguna necesidad imperiosa o para dar señales de vida.** Quién sabe: tal vez porque "eran tiempos en los que incluso la esperanza podía infundir miedo", como comentó, lacónicamente, Guidetti Serra en sus memorias, tituladas *Bianca la rossa*. No existen huellas documentales de cartas enviadas por el albañil a sus padres — que en aquellos años aún vivían— ni a sus hermanos o hermanas, ni tampoco mención alguna en la memoria familiar que haya llegado hasta nosotros o que yo haya conseguido localizar.⁵⁹ Y si esto, como pienso, es así, resulta un dato muy interesante. Porque las tarjetas postales que envió Lorenzo las escribió para Primo después de que él intentara hacerlo personalmente, pero fuese descubierto.

Lo explica el propio Levi en el cuento "Un discípulo", que ya he mencionado, publicado en *Lilit y otros relatos*: **"En junio [de 1944], con asombrosa inconsciencia, y con la mediación de un albañil 'libre' italiano, había escrito un mensaje para mi madre, escondida en Italia",** y se lo había enviado a Bianca. "Había hecho todo esto como quien ejecuta un ritual, sin esperar prácticamente resultado alguno." Y, sin embargo, **aquella tarjeta con una caligrafía sorprendentemente cuidada le llegó a su amiga [...].**

«**Partieron otras dos tarjetas, de nuevo escritas por Lorenzo de su puño y letra y firmadas también por él.** Mientras tanto, **un paquete de comida y ropa que había enviado Bianca desde la oficina de correos de Sassi [...], que se admitió con fecha del 9 de agosto, recorría Europa en plena guerra, rumbo a Auschwitz.** La primera tarjeta se escribió el 20 de agosto y se envió un día más tarde: a través de su intermediario, Lorenzo, Primo explicaba que se encontraba bien ("la salud se mantiene perfecta además con la llegada de la buena estación me siento mejor") y que estaba haciendo progresos en la lengua alemana, lo cual era "una gran venta-ja para el trabajo" — así en casa entenderían que estaba trabajando, como observa Angier—. Además, trataba de

tranquilizar a su familia, también en relación con las dificultades de las comunicaciones, que tardaban un mes en llegar: **“No te preocupes por mí intenta darme noticias de todos y tener tanto valor y esperanza como yo recibe un cordial saludo y un fuerte abrazo de este que siempre te recuerda. Tuyo, Lorenzo.”»**

«Pero al final de todo aquello volvería a verlo, en parte gracias a la “rarísima fortuna” de haber podido comunicarse con él, un privilegio absolutamente infrecuente. “Los sobrevivientes somos una minoría anómala además de exigua: somos aquellos que por sus prevaricaciones, o su habilidad, o su suerte, no han tocado fondo.” De ese modo sintetizaría Levi en *Los hundidos y los salvados* el conjunto de causas que permitieron a algunos de ellos salir de allí. Unas páginas después, en el capítulo titulado, precisamente, “La comunicación”, recuerda que el aislamiento del mundo y, en general, la comunicación “fallida o difícil” hacía sufrir a los presos y que “la carencia de sufrimiento, la aceptación del eclipse de la palabra, era un síntoma fatal: señalaba que la indiferencia definitiva se estaba aproximando”. Por eso **la contribución de Lorenzo al establecimiento del contacto con “el mundo perdido para siempre” fue tan decisiva como los litros de sopa — varios centenares, si los sumamos— que les llevó a Primo y a Alberto: “Sé que eso ha sido uno de los factores que me han permitido sobrevivir; pero, como antes he dicho, cada uno de quienes hemos sobrevivido so-mos, en muchos sentidos, una excepción; cosa que nosotros mismos, para exorcizar el pasado, tendemos a olvidar”.**»

«La imagen de Auschwitz y de sus márgenes como una “comunidad” puede parecernos monstruosa y seguramente nos chirría, pero al mismo tiempo nos aporta una confianza en la mente humana a la que era posible aferrarse en aquella época y aún es posible hoy: el mal no contagiaba a todos ni en todas partes; también allá arriba había quien tenía (como decía Levi en *Defecto de forma*) “la razón, la piedad, la paciencia, el valor” para combatirlo. **Entre el gris, siempre había algo que brillaba: se podía encontrar “el otro cabo de la madeja”, “una persona amiga”. Y, con toda probabilidad, existen, sepultados entre millones de documentos archivados y entre millones de palabras dichas, leídas o escritas, muchos otros hombres y mujeres — ¿centenares?— como Lorenzo.** Aunque, como siempre, solo conozcamos a algunos de ellos.»

La noche que no quería acabar

«Lorenzo permaneció, con los pies bien plantados, durante más de dos años y ocho meses en los márgenes del infierno. No nos es posible saber si planificó fugas. En cualquier caso, solo en los primeros meses de 1944, antes de que conociese al prisionero número 174.517, hubo unos quinientos trabajadores que se escaparon. Tampoco podemos averiguar, pasados ya varios decenios y teniendo en cuenta lo insondable que, en líneas generales, puede llegar a ser la mente humana, por qué se quedó.»

«[...] En *Si esto es un hombre* tenemos el relato sobre lo ocurrido: se narra precisamente lo que pasó en vísperas de la Navidad y se recoge el testimonio indirecto de un diálogo entre Primo y Alberto:

Habría que hacer algo ya; podríamos probar a hacer que le arreglasen los zapatos en la zapatería de nuestro *Lager*, donde las reparaciones son gratuitas (parece una paradoja, pero, oficialmente, en los campos de aniquilación todo es gratuito). Alberto lo intentará: es amigo del zapatero jefe, quizás baste un litro de potaje.

Pero aquí no se explica cómo terminó el episodio. No fue hasta *Lilit y otros relatos*, es decir, más de media vida después, cuando Levi se detuvo sobre lo que ocurrió en aquel último tramo de 1944, inmediatamente después de haber explicado que Lorenzo se había negado rotundamente a darles a sus dos amigos esclavos la dirección de su hermana porque no quería recibir nada a cambio:

No obstante, para no humillarnos con esta negativa, aceptó de nosotros otra compensación más en consonancia con el lugar. **Sus zapatos de trabajo, que eran de cuero, estaban rotos; en el campo no había zapatero y en la ciudad de Auschwitz la reparación costaba muchísimo.** En nuestro campo de concentración, sin embargo, quien tenía zapatos de cuero podía conseguir que se los repararan gratis, dado que (oficialmente) ninguno de nosotros tenía dinero. Así pues, un día nos cambiamos los zapatos: él anduvo y trabajó durante cuatro días con mis zapatos de madera, y yo mandé a reparar los suyos a un zapatero de Monowitz; entretanto, de manera provisional, me habían dado un par de zapatos.

Nos toca ahora imaginar esas pocas horas en las que Lorenzo se encontró literalmente en los zapatos del otro, o mejor aún el día en el que tuvo que hacer equilibrios sobre aquellos zuecos desparejados que lastimaban la piel y que le habían provocado a Primo unas úlceras cuyas cicatrices conservaría el resto de su vida, antes de encontrarse otra vez calzado con sus zapatos de piel, ya reparados, que nadie sabe en cuántos tajos de Italia y Francia habría utilizado antes. Porque precisamente **en aquella ventana temporal en la que se puso en los zapatos del otro, día arriba, día abajo, Levi descubrió que podía salir de allí.**»

«En esta historia en la que se caminaba a ras del suelo, en la que la vida y la muerte dependían (también) de los zapatos, además de las sopas aguadas, las tarjetas enviadas y los paquetes recibidos, en esta sorprendente historia de supervivencia, a Levi le tocó la escandalosa buena suerte [...] de ser elegido. No para una selección, sino para trabajar al fin — era un rumor que llevaba meses circulando—, y después de pasar un “examen” en toda regla el 21 o el 22 de julio, en un laboratorio: el laboratorio de polimerización que se encontraba en el edificio (*Bau*) 939 y que necesitaba profesionales. **Y Levi fue escogido como tal y entró en el laboratorio [...].**»

La última “fortuna” para Levi, unos días más tarde, fue enfermar de escarlatina [...]: ni demasiado pronto, porque entonces habría entrado en la categoría de los sacrificables y habría sido asesinado, ni demasiado tarde, porque su estado de salud le permitió evitar por los pelos la marcha de la muerte: casi todos los demás esclavos, evacuados a toda prisa, desaparecieron entre otros millones de personas, como le ocurrió a su viejo amigo Franco Sacerdoti. Enfermó “una sola vez, pero lo hizo en el momento justo”, le diría a Philip Roth.

Para este esclavo de los esclavos — ahora “químico esclavo”—, la inesperada incorporación al laboratorio a finales del año 1944 fue, en efecto, otro ingrediente decisivo, que se suma a los que ya hemos analizado hasta aquí. Y precisamente en aquellas primeras semanas protegido del frío ocurrió por fin lo que tenía que ocurrir: el último encuentro entre ambos, Primo y Lorenzo, aún vivos, en el umbral de la “casa de los muertos”.»

«Resulta difícil — en parte por la documentación desorganizada de la que disponemos— imaginar a este personaje redondeado y limado con respecto a la persona real, por lo general callada y con la cabeza gacha. En el planeta Auschwitz, al contrario que el ingeniero alemán y su proyección literaria, Lorenzo no era tuerto — de hecho, veía de maravilla— y era diligente, atento y empático. Estaba terriblemente inadaptado, eso sí, porque no se rindió a las lógicas siniestras de aquel mundo al revés, ni siquiera cuando habría tenido todo el derecho de hacerlo. En vista de sus gestos limpios [...], podemos pensar que tal vez estaba, al menos en parte, inadaptado a vivir en el mundo en general. Así nos lo revela — si es que aún necesitamos confirmarlo— **el último encuentro entre ambos, que tuvo lugar, supongo, el 26 de diciembre de 1944, cuando las fábricas de la I. G. Farben sufrieron un nuevo ataque aéreo del ejército estadounidense:**

A finales de diciembre, poco antes de que yo contrajera la escarlatina que me salvaría la vida, Lorenzo volvió a trabajar cerca de nosotros, y pude retirar de nuevo la gamella directamente de sus manos. Lo vi llegar una mañana, envuelto en su esclavina verde-gris, en medio de la nieve, al tajo devastado por los bombardeos nocturnos. Venía caminando con su paso largo, seguro y lento. Me alargó la gamella, que estaba algo torcida y magullada, y me dijo que el rancho estaba un poco sucio.

Dentro de aquella gamella había “tierra y piedrecillas”, pero cuando su amigo Primo le preguntó por qué, Lorenzo “sacudió la cabeza y se fue”. Levi no descubriría hasta un año más tarde que “aquella mañana, mientras él recogía las sobras, su campo había sufrido una incursión aérea. Una bomba había caído junto a él y explotado en la tierra blanda, sepultando la gamella y reventándole un tímpano. Pero él tenía un rancho que entregar y había venido al trabajo igualmente”, según contaría en 1981 en “El regreso de Lorenzo”. Cinco años más tarde le explicó a Rosenfeld que el propio albañil había terminado, como el rancho, “en el cráter que había abierto la bomba” y que la tierra que la explosión había removido y que había saltado hasta la gamella le había perforado el tímpano; “aquel día estaba medio sordo”, pero no se lo confesó; se lo guardó para sí. Para la entrevista de Caracciolo, que Levi concedió en aquellos mismos

meses, trató de recordar cuáles habían sido las palabras exactas de Lorenzo. En piamontés, claro. Lorenzo, “Lo. Pe.”, “san Antonio”, el Don Quijote de Levi — porque eso era para él—, pronunció entonces unas pocas palabras, tal vez las últimas que le dirigió a Primo en aquel mundo vuelto del revés: “Paciencia — se disculpó—: *ah l’è ’n po’ sporca eh la zuppa*” (la sopa está un poco sucia, ¿eh?). Después, imagino, vendría la despedida: “*Ciau, amigo*”. Y en ese momento, unas pocas horas o unos pocos días después, junto con su fiel Sancho [...], se marchó.»

De quien siempre se acuerda usted

«[...] Sabía que se habían escrito, sabía también que no queda nada de las “docenas de cartas” que Primo Levi le mandó a Lorenzo y que ya en los años noventa Angier intentó localizar, sin éxito: solo encontró las que el albañil le envió a Emma Dalla Volta y que hoy forman parte de su archivo.

Pero lo que no imaginé jamás es que iban a aparecer las que Lorenzo le envió a Primo. La sensacional noticia me llega desde el Centro Internacional de Estudios Primo Levi, el día que comienza el verano de 2022, como si así, de una manera perfecta, se cerrara el invierno del que ambos acababan de salir, el primero de la posguerra. Si estamos a finales de febrero de 1946, todo encaja; si estamos a finales de julio, no. **Sea como fuere, estas cartas existen, fueron escritas y se han conservado, y constituyen un ancla documental para el año 1946, el primer año de paz, al menos en este trozo de Europa.**»

«[...] Levi sintió que escribir en el campo de concentración lo “alivió”, que fue “terapéutico”. Es decir, que se curó con las palabras. En el duro enero de 1946, cuando “todavía la carne y el carbón estaban racionados, nadie tenía coche, y nunca se habían respirado en Italia tanta esperanza y tanta libertad”, Levi malvivía: “Todas las cosas que había visto y sufrido me quemaban dentro. Me sentía más cerca de los muertos que de los vivos, y avergonzado de ser hombre, por ser los hombres quienes edificaron un lugar como Auschwitz. Auschwitz se había tragado a millones de seres humanos, muchos amigos míos, y a una mujer que yo llevaba en el corazón”. Pero él ya había encontrado la clave para salir de aquello [...].»

«Así es como se consumó la divergencia perfecta entre los dos amigos: uno que se abre y el otro que se apaga. Cumpliendo su promesa, Levi trató de ayudar a Lorenzo, proporcionándole “algo de dinero” y “ropa”, pero parecía que no había nada que hacer [...]: estaba “realmente demacrado”, “traumatizado por lo que había visto allí, en Auschwitz”, y, al ser “un hombre extremadamente sensible, aunque casi nunca hablara”, se había quedado “profundamente herido y ya no quería vivir”.»

«A Levi, en cambio, le parecía estar escribiendo acerca de “un pasado remoto”. **Si esto es un hombre se publicó el 11 de octubre de 1947**, cuando aún no habían pasado dos años de su regreso, aunque algunas de sus partes habían aparecido ya en el periódico *L’amico del popolo* y en la revista *Il Ponte* entre marzo y agosto de aquel mismo año. En

cuanto los primeros ejemplares de *Si esto es un hombre* salieron de la imprenta, le llevé uno a Lorenzo. Lo mismo hizo con Bianca Guidetti Serra, que conservó su copia de aquella primera edición, dedicada: “Para Bianca, Primo”. **Quién sabe qué dedicatoria le escribió a Lorenzo; tal vez la misma, tal vez añadió algo más. Sin embargo, aunque puede que esa copia aparezca en un futuro próximo o lejano, lo cierto es que hoy por hoy está desaparecida [...].**

«No creo que Lorenzo pudiese albergar ese sentimiento de vanidad que empujaría prácticamente a cualquiera a “buscarse” entre aquellas páginas, pero pienso que también es plausible que, vivo y desempleado, no llegase a saber nunca qué había escrito su amigo Primo sobre él en aquellas doscientas cincuenta líneas escasas (cinco páginas impresas, en total) en las que se condensa la historia de su relación humana, aquella historia que le recordaría constantemente a Levi que aún existía “una remota posibilidad de bondad” por la que merecía la pena sobrevivir.

Imagino que a partir de la primavera de 1948 Lorenzo y Primo se vieron menos. A principios de abril, Primo empezó a trabajar sin descanso en la empresa Siva (Società industriale Vernici e Affi-ni), una fábrica de barnices de Turín situada en *corso* Regina Margherita, número 274 [...]. **Su nuevo lugar de trabajo estaba situado a unos cinco kilómetros de la casa de Levi,** pero a la misma distancia de Fossano que el anterior, en Avigliana, en cuyos alrededores dormía. Creo que el principal motivo de que aquellos encuentros se fueran haciendo cada vez menos frecuentes era que su mujer, Lucia, estaba embarazada: de hecho, **el 31 de octubre de aquel año nació Lisa Lorenza, su hija mayor, a la que Levi quiso dar el nombre de su amigo albañil al que estaba intentando ayudar.**

Así, Lorenzo le envió una tierna postal de Navidad, con un paisaje de montañas nevadas en una de las caras y “dos líneas [sic] para la pequeña Lisa Lorenza”, “deseándoles unas felices fiestas y una buena entrada de año [sic] y que el cielo les ayude adiós. Lorenzo”. Pero eso no fue todo: al mismo tiempo, **envió una carta. No era extensa, pero tampoco breve. En ella descubrimos que no se encontraba bien:** a las puertas del invierno, padecía una bronquitis crónica. Ahora ha llegado el momento de contener la respiración y leer de corrido el testimonio más dulce y sobrecogedor de Lorenzo — y no de su Lorenzo— que ha llegado hasta nosotros.

Está escrito de su puño y letra, dos días antes de la Navidad de 1948, la primera que su amigo viviría como padre. Ahora que hemos alcanzado ya este punto de su historia y de su parábola humana, tal vez no tiene sentido añadir ningún comentario más. Esta es la carta. Decir que es descorazonadora es quedarse cortos.

Estimado señor Primo: le respondo a su carta me ha encantado saber que usted aún se acuerda de mí solo que yo no puedo acordarme de usted porque cuando uno es pobre siempre será pobre pero este año he sido rico en salud aunque usted ya sabe cómo es mi enfermedad cuando se acerca el invierno [sic] siempre me da un poco de bronquitis y así será hasta que me muera. me a [sic] encantado saber que hace dos meses su señora dio a luz a una niña el regalo más grande

que usted ha podido hacerme es haberle puesto el nombre de Lisa Lorenza así llevará también mi nombre pero pido al Señor que no tenga que llevar también los sufrimientos que he padecido en mi vida. por favor salude a su señora y a su madre y a toda la familia de mi parte y su amigo De Benedetti. y le deseo una feliz Navidad y una buena entrada de año [sic] a toda la familia y que reciba un destello del corazón de quien siempre lo recordará su amigo Perrone Lorenzo adiós Le confirmo que necesitaría muchas cosas pero usted ya ha hecho mucho por mí y hasta me da vergüenza pedir. ya está bien.

Y restituirán

«[...] Ninguna pista documental relevante de Lorenzo me ha permitido reconstruir decentemente sus dos últimos años de vida (sí sé que fue al menos en una ocasión a visitar a Levi, y no a la inversa, según lo que recordaba la mujer de este, Lucia), salvando, una vez más, las palabras de su amigo Primo y de quien ha cultivado, de cerca y de lejos, su memoria. Empecemos por quien lo conoció de verdad. Si seguimos los testimonios de Levi por orden cronológico y los cotejamos con cuidado, hay algo que aflora. En la entrevista de 1978 (que se publicaría tras su muerte) en la que el autor sostiene que **Lorenzo ya no quería vivir, que “ya había visto suficientes cosas”, también afirmó que el albañil había regresado “mucho más desesperado que yo”,** que se sentía “aterrorizado por lo que había visto, asustado, herido” **y que había contraído la tuberculosis.** En ‘El regreso de Lorenzo’ (de 1981, recordémoslo) escribe simplemente, sin más detalle, que “se puso enfermo”, aunque añadió que “gracias a mis amigos médicos conseguí que lo internaran en un hospital. Pero, como allí no le daban vino, se escapó”. En otra entrevista de 1983 se confirma la enfermedad: era tuberculosis, alias “Tbc”.»

«Lorenzo, pues, enfermó de tuberculosis — ¿tal vez todo empezó con una pulmonía? ¿O viceversa? ¿Y la bronquitis sobre la que le escribió a Primo?— y fue ingresado en un hospital de la cercana ciudad de Savigliano gracias a sus amigos médicos, pero huyó porque necesitaba beber.»

«**A setenta años de distancia se ha buscado el historial clínico por todas partes,** en el archivo del hospital de Savigliano, que se conserva en Vignolo desde el año 1951: entre los años 1938 y 1949 la documentación se trasladó al Archivo Histórico de la Ciudad [...] **y todos los expedientes llegan como máximo a los años cuarenta.** En cualquier caso, se ha procedido a realizar la correspondiente búsqueda en Vignolo: enfermedades infecciosas, medicina, cirugía, incluso datos sobre maternidad y obstetricia, por si acaso. **Pero no ha aparecido nada de nada.**»

«**Es habitual que el alcoholismo y la tuberculosis vayan de la mano.** Antes se creía que las causas de ambos estaban relacionadas con la miseria y las precarias condiciones de vida; hoy en día se tiende a subrayar la relación tan estrecha que existe entre los dos cuadros, casi como si formasen una espiral. **Aunque es cierto que en ocasiones el**

alcoholismo va ganando espacio en los hábitos de los pacientes que quieren aliviar el dolor que les provoca la tuberculosis, en el caso de Lorenzo, como ya hemos visto, la dependencia del alcohol estaba ya claramente asentada cuando contrajo la Tbc. [...] Cuando hay alcoholismo, el sistema inmunitario se encontraba y se encuentra — resulta fácil entenderlo— bajo una presión importante, y a todas luces este fue también el caso de Lorenzo, que ya padecía una bronquitis crónica antes de contraer la tuberculosis. El etanol interfiere en el funcionamiento normal de diversos componentes del sistema inmunitario, lo que conduce a una inmunodeficiencia e incrementa la susceptibilidad frente a ciertas infecciones, en aquella época sobre todo la pulmonía y la tuberculosis.»

«[...] El padre Carlo Lenta, una de las personas que mejor entendieron y más incondicionalmente amaron a este hombre de pocas palabras, le dijo también a Thomson: **“Al final fue el propio Lorenzo quien se puso en situación de ser abandonado. Nadie podía salvarlo, ni siquiera Primo Levi”**».

Es difícil no darle la razón. ¿Qué sentido tenía su vida sin nadie a quien proteger, a quien defender? **Tal vez fueron los esclavos de los esclavos, como el número 174.517, quienes, por un tiempo, lo salvaron a él, proporcionándole un objetivo, una misión.** Tal vez Lorenzo quería ayudarlos a todos, quería derrotar a la muerte, pero no lo consiguió. Es imposible evitar que se nos venga a la mente la célebre escena final de la *Lista de Schindler*, en la que estalla por sorpresa la desesperación del salvador porque habría podido — ha-bría querido, habría debido— hacer más. “Podría haber salvado a más”, repite en la película el empresario alemán, llorando. “No he hecho lo suficiente”, insiste, desesperado, y termina arrodillado, rodeado de los abrazos de “sus” salvados. Es un rasgo común que reviste de una presunta omnipotencia a la mayor parte de los salvadores ilustres de los que queda huella, con el debido respeto a ese pasaje del Talmud que afirma que **quien salva una vida salva al mundo entero**. Y, sin embargo, es así, fue así. Pero, evidentemente, **ser consciente de ello no era suficiente para mantenerse aferrado a esta vida, a su propia vida.**

Bien, esto es lo que ocurrió: **Lorenzo no se salvó.**

Y así — para decirlo se necesita contener la respiración—, después de vagar durante seis meses entre ingresos y altas, después de haberse escapado y haber regresado, roto por el dolor de vivir y la necesidad de no seguir haciéndolo, al fin, alrededor de las siete de **la tarde del miércoles 30 de abril de 1952, Lorenzo murió.**»



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 659 45 41 80 / E: laia.barreda@planeta.es